

EL SALVO ILUSTRADO

Cuento

A LA DIESTRA

★ Haroldo Conti



Haroldo Conti prestigiado novelista argentino, nació en Chacabuco, provincia de Buenos Aires, en 1925. Desde el 4 de Mayo de 1976 se encuentra, como un número más, en la crecida e indignante "lista de desaparecidos" sin que hasta el presente se haya tenido noticia de su existencia. La fecunda obra de Conti, malograda precisamente cuando alcanzaba su plena madurez, como puede apreciarse en su última novela "Mascaro el cazador americano", premio "Casa de las Américas" 1975, mereció importantes distinciones literarias como, entre otros, los premios "Universidad de Veracruz". A su novela "Alrededor de la jaula" en 1966, el Premio

"Barral" por su novela "En vida" editada en España en 1971, el Premio "Casa de las Américas" por su novela "Mascaro el cazador americano" en 1975. En Buenos Aires se editó su último libro de cuentos "La balada del álamo Carolina" en 1975. Integra el jurado de "Casa de las Américas" en los años 1971 y 1974. A mediados de 1977 se estrena en Buenos Aires la película basada en su novela "Alrededor de la jaula", dirigida por Sergio Renán, con el título "Crecer de golpe". Pocos días antes de su secuestro, Conti comenzaba un nuevo libro iniciándolo, precisamente, con el cuento que a continuación se publica por primera vez en México.

Cuento

A la diestra

Haroldo CONTI

Mi hermana Pocha, para quien el mundo termina en Morse o en todo caso en la laguna de Junín, ha vuelto del pueblo. Siempre que vuelve, y yo la pensaré mientras viva así, volviendo de Chacabuco, me trae las mismas noticias, los mismos saludos, dos kilos de galleta de campo de la panadería Delmenico, mejor dicho de Dobersán, antes fue de Delmenico y antes o después de Delmenico de Saner, cuando la vida era torta negra de cinco centavos, algo tan dulce semejante, un trozo de queso de choncho y, cuando es el tiempo, algunos chorizos de potranca. Cada tanto me trae algún muertito. Y así, a través de mi hermana que va y viene sobre el viejo ferrocarril Pacífico, el pueblo se me va muriendo de a poco. Hoy ha vuelto una vez más y me acaba de decir, así tan simple, que se ha muerto la tía Teresa. Sí, la tía Teresa Marino. Me he quedado con la mano sobre el teléfono, que acabo de dejar enrollado y dormido sobre la repisa como un gato negro, tamblando en la penumbra del cuarto. A través de los ojos humedecidos, como a través del vidrio de la puerta cancel de la casa de la tía en la calle Moreno, la veo caminar despacio en la luz amarilla del largo patio con piso de ladrillos, entre los canteros de calas y malvones, hacia la puerta, hacia mí que estoy detrás de la puerta y acabo de llegar en el expreso de las diez. Veo su cara de luna llena y sus cabellos ahora blancos, casi la misma tía de mi infancia, solo que un poco encorvada, algo pasita, nada de sustancia que nos separe, apenas un leve polvo suspendido en el patio, esa veladura general que cubre las cosas del pueblo y al propio pueblo y que seguramente brota de mi corazón. Ese es el tiempo. Mi tiempo. La historia. Lo que llevo en ausencia. Entre la tía y yo está el vidrio de la cancel y veinte años de tristezas en esta ciudad de forasteros que nunca llegué a amar, que amé con rencor, más bien, unas pocas veces. Mi Buenos Aires querido, ya que me tenés bien podrido. Esta ciudad que, con todo, tiene sus amantes, como mi amigo Albertito Szpunberg que me sopla para esta ocasión y esta pena:

Es abril y entramos al otoño
si ahora me preguntaran por este otoño diría tan solo
que las hojas en buenos aires han comenzado lentamente a caer muy lentamente sin grandes novedades.

Esa quizá sea su principal contra. Nunca sucede una verdadera novedad, pues todo se prevé y se



dispone, aun las novedades, de manera que la vida se repite ocho millones de veces semejante cada día.

La tía se adelanta sobre el fondo esfumado de la parra de uva chinche y unos helechos serrucho que le brotan de la cabeza. Ha visto seguramente, ha presentado el bulto tamaño detrás del vidrio que agrandan

los paquetes y la valija, la misma valija con la que partí de ahí hace esos veinte años que están en alguna parte, desparramados, entre la puerta de calle de esa casa y la puerta de esta otra que cubre ahora mi maduro llanto. Ladea la cabeza blanqueada, estira el cuello y sonríe hacia el vidrio. Y entonces es la misma dulce tía de mi infancia. Y yo sonrío también. Sonrío y lloro al mismo tiempo. Y la puerta se abre en silencio y entro al patio vacío porque la tía ya no está. Ha muerto. Seguramente la velaron en la cochería Grossi y se la llevaron con ese redoble enlutado de las campanas hacia las quintas, entre los humeantes hornos de ladrillos hasta el cementerio de tapiales grises detrás de los cuales están el abuelo y la abuela, el gordo De Nigris, Pepe Provenzano, el tío Leo y el alegre tío Ernesto, el tío Francisco que vino a morir desde Buenos Aires, Pancho Figueroa con su ancha cara furiosa, todas esas flojas sombras que me observan en silencio desde los tapiales descascarados. El patio tiene esa espesa luz amarilla del otoño que parece ser la estación de mi pueblo, la ansiosa estación de los viajes y las esperas, cuando a los Conti nos empiezan a picar las plantas de los pies y nos llama el camino, me llama ahora, el jubiloso camino del buen viaje entre maizales encorvados por las lluvias de abril, con las torres de Luján que asoman a través de los eucaliptos y giran, sobrevuelan los árboles hacia el sudeste, y después Giles y Carmen de Areco y Cucha-Cucha y después la curva de la alegría que empalma con la ruta de Chivilcoy y el penacho gris de la iglesia de Chacabuco que se incorpora detrás de un montecito de acacias negras y empieza a crecer en el marco de mis ojos y ahí está el pueblo, fiel a mi memoria, y la avenida Alsina con San Martín cabalgando en el aire, al fondo, en dirección a Junín y doblo por la inmutable calle Moreno y aquí estoy al final de otro de esos proliferos viajes de la memoria, frente a la puerta cancel que se cierra sobre mi sombra.

Atravieso el patio entre las calas y los malvones y mis manos y mi cuerpo se encienden con esa luz amarilla que entibia brevemente mis dedos. El clavel japonés está floreciendo y sus flores tienen el color vígoroso del otoño. Siempre lo he visto florecido, por lo que recuerdo, pero en verano las flores empalidecen y casi se borran al atardecer. Ahora tienen un firme color anaranjado con algunos pétalos marrones en los

bordés. Las campanas blancas de la dama de noche se evaporan sobre el tapial de la mediana y en el cantero que bordea la pared sobresale con una luz misteriosa la flor de pale. Mi tía la llamaba así. Es una flor breve de un palpitante color fucsia, ese complicado color que de alguna manera inventó mi hermano Cacho Paoletti en la Rioja en uno de sus delicadamente rabiosos cuentos que tituló justamente "Fucsia". Es razonable que me cruce en mitad de este patio de provincia con el Cacho porque él tiene la misma tristeza, la misma vaguedad y la misma altura que yo. En este momento nos separan unos mil kilómetros pero estoy seguro que me recordará en un patio más o menos como este, porque él presente mis desgracias y a veces me las traspasa. Por eso sufrimos juntos esas agrias tristezas de los forasteros y él me dice ¡Flaco! y yo le digo ¡Pelota! y casi lloramos de puros boludos.

El sol se derrama como un chorro de miel sobre las baldosas melladas de la galería con techo de zinc de hierro fundido, y lame, a través de las altas puertas entreabiertas, los cuartos cavernosos que se alinean a la antigua, escoltando aquella galería debajo de la cual celebrábamos la Nochebuena. La jaula de madera cuelga de un clavo junto a la puerta de la cocina. Deben ser los mismos canarios que saltan y se cruzan de un palito a otro como dos hojas de papel dorado hace una punta de años. Penetro en la cocina y deslumbrado por el sol percibo solamente el olor agrio del humo de madera pegado a las paredes y el soplo del fuego de la hornalla. Pero no necesito mirar para comprobar que nada ha cambiado, que el aparador de nogal con sus patas rollizas sigue en la pared de la entrada, y la fiambra junto a la ventana y el ramo de laurel en el mismo clavo del almanaque, obsequio seguramente de la fábrica de fideos Basile o de la vinería Falasco o de Feroldi Hnos., fabricantes de bombas, motores y grupos electrógenos. Al centro está aún la misma mesa de pino y las mismas sillas de paja donde nos sentamos a lo largo de tantos años mientras engordábamos y crecíamos con aquellas buenas comidas de olla que hacía la tía.

En el momento que mi memoria ubica al tío Agustín en aquel melancólico paisaje de trastos y enseres mis ojos calzan con la verdadera figura del tío sentado en una silla baja junto a la cocina económica. No me ha visto entrar, no ha visto ni ve nada de este mundo concreto. Vive de memoria. Divagabundea por otros tiempos, finito. Quizá en este momento esté trotando rumbo a Warnes, cerca del puente del Salado, en las 12 a Bragado como cuando era realmente el mejor corredor de fondo de estos lados. Yo lo maté en un cuento. Jamás se me hubiese ocurrido entonces que la tía se iba a ir antes, abriendo camino, aunque debí pensar que como buena puntera era capaz de hacerlo para que cuando llegase el tío y después nosotros no habría más que decir ¡Hola! y colgar de un clavo la gorra como si volviésemos a las quintas o del zanjón y ponernos a matear en un rincón del cielo. El tío está tan flaco, casi transparente, que parece que lo hubiese chupado precisamente con una de esas buenas bombas Luiggi que fabrican los Feroldi Hnos. Tiene puesto un pullover agujereado sobre el mero cuero y unos pantalones de brin sanforizado con grandes parches de una tela más oscura y los botines sin medias con las puntas peladas. Yo le pregunto, más bien al tío de la memoria, quién le atará ahora los cordones de esos botines, quién le abrochará el último botón de la camisa sin cuello, quién le peinará los pocos pelos que como un chorrito de cenizas le caen sobre la frente, quién le encarrará el negro chambero de fieltro, quién lo palmeará en un hombro cuando con el chato lápiz de carpintero que siempre lleva en el bolsillo trasero haga los toscos números de largas cuentas sobre una madera para comprobar perplejo una y otra vez, como si la carrera a Bragado se interrumpiese de golpe en Warnes, que los pocos mangos de la jubilación no alcanzan más que hasta el 15, estirándolos bien, y que a los ochenta tiene que calentarse los dedos para hacer un par de changas y tirar hasta fin de mes después de sudarla tantos años detrás del banco de carpintero. Quién, ¡por San Isidro!, quién, si él creció pegado a la tía y el mundo era del ancho de sus brazos y hasta ayer tenía la seguridad de su sonrisa.

En esto siento un canturreo de prima señora que proviene del patio, de aquella luz amarilla, y pienso si con los años el canario no se habrá vuelto fenómeno. Pero no, ahora la reconozco. La prima señora, que

canturrea exactamente Fascinación con un incisivo fondo de cuerdas en el que sobresale el violín hembra de Stephane Grappelly (así viene la mano, este melancólico y bien templado destempo, esta previda, esra corazón nada, este otoño del Santo Camino, esta participación y velorio de la memoria), la prima señora, en fin, es la prima Susana que flota como un frágil y entrañable barrilete blanco entre las calas y los malvones, debajo del limonero de las cuatro estaciones, canturreando esa vieja tonada que se me pegó en la última infancia, cuando la piel se me empezó a hinchar y arder y me enamoré en secreto de la fosforescente prima Su.

Vuelvo al patio, a la tarde perfumada de aquel jardín, y la prima Su, sobre cuyo rostro el tiempo ha calado con graciosa y meditada imprecisión los rasgos de la propia tía, me cuenta con su vocecita emplumada el precipitado final. La tía murió de golpe, un día de guardar. La velaron en la cochería Grossi, como predije. Después del responso en la pelada iglesia parroquial de la que el padre Sacardi rajó a toda imagen de bulto, incluyendo al propio San Isidro Labrador, se la llevaron a pulso hasta el cementerio, al fondo de las quintas, entre los hornos de ladrillos con olor a torta quemada y a pan agrio, mientras sobre el pueblo redoblaban las campanas de la torre con ese exacto toque a difuntos que le arruga a uno el cuero porque lo expide con mano sabia el Gran Maestro Campanero Mingo Provenzano que rebate el badajo de manera que golpee con un saque blando sobre el alma, ni poco, ni mucho, lo justo, y entonces el sonido sale envuelto en paños negros y se alarga sobre el siguiente golpe hasta las mismas quintas y el pueblo se oscurece, lloran las altas araucarias de la plaza, San Martín enfrena el galope del tremendo matungo de bronce, suspende el ánimo, los viejos se descubren, las viejas se persignan y la breve vida se remansa en aquel último tránsito. De manera que la tía murió a lo pajarito y antes de enviarse los mensajes ya estaba en el cielo, sentada en su sillita de paja a la diestra de Dios Padre. Llegué, pues, tarde a los adioses cuando la tía ya es fantasmón ya anda rumbeando de noche sobre los alambrados del camino a Bragado. Me pregunto si tuvo tiempo de traspasarle a la prima Su la fórmula de la ojeadura que se transmite en Nochebuena con mano impósita y cura esos fuertes trastornos del mate en los chicos y adormece a los grandes cuando se les oscurece el alma. Quisiera preguntarle otras cosas a la prima Su, pero de golpe se enrosca en el limonero y se deshace, se deshila como si fuese de espuma aunque persiste un rato en el aire amarillo el canturreo finito y el violín puntiagudo de Stephane Grappelly.

Tampoco está el tío junto a la cocina económica. No estuvo nunca consistente, sino histórico, en prefigura, es decir, configurado por la disposición de las cosas, evocando e invocando, presupuesto.

Desde qué, desde este cuarto oscuro, en esta ciudad oscura, yo lo pienso en otra parte y ahí ha de estar seguramente, como estaría yo que siempre seguí sus largos pasos, como voy estando ahora mismo que corro y corro detrás del tío por el polvoriento camino a Bragado. En realidad acaban de pasar la Champiñón y estas firmes lluvias de abril han empapado la tierra, pero todavía queda el recuerdo del verano, el ancho sol que calcina los pastos y el polvo esponjoso que levantan los camiones y empolva los girasoles. Por ahí voy, pata y pata. El olor a pasto mojado me hincha los pulmones y el áspero sabor de la tierra me devuelve aquella alocada temeridad de la infancia cuando todavía no me había crecido esa quejosa sombra que remolco desde hace veinte años a través de la más larga y solitaria carrera de fondo, mi propia vida de sorette, porque para decir la verdad durante todo ese tiempo no he hecho otra cosa que trotar y trotar sobre este mismo camino rumbo a la tierra que abandoné y que corre delante mío exactamente a la misma velocidad. El campo de Albanesse, donde se armaban las mejores riñas de gallo de la zona, pasa corriendo para Chacabuco y después el montecito de saucos que creció y envejeció y ahora es un montón de ramas grises. El puente del Salado se acerca a los troncos desde lo alto de esa lomita que raspa el cielo y desde ahí desciende por la pendiente donde se encajan después de una tormenta brava los coches que no traen cadena, y penetro en el partido de Bragado sin más aviso que el cartel sobre el puente porque la tierra es la misma y ni los árboles ni los terrones cambian de color como pensaba en otro tiempo. La Silvina, que antes era el padre Guida y ahora la compró el viejo Pérez, por lo que sé, viene al trocico por la derecha, y apenas se me cruza con los oscuros y

coposos árboles a la carrera, cuando ya estoy viendo a la izquierda la estancia Los Pumas, de Alfredo Cirigliano, con la avenida de eucaliptos que parece correr hacia el camino como para cerrarme el paso, diviso sobre una pequeña loma el alto y amarillo penacho del álamo carolina, mi ya viejo y querido árbol. Pero en mitad del camino y mientras me alcanza la nubecita de polvo que levante con mis tamangos nos saludamos con un sacudón de ramas porque apenas lo veo yo mismo me cubro las hojas y me encarno árbol.

Al pie del tronco hay una figurita encorvada. El tío. Salto el alambrado de púas y camino hacia el árbol con un tero hinchapelotas que chilla sobre mi cabeza. Por estos mismos campos patí en mi infancia detrás del viejo, el pelado Conti, que cazaba perdices y liebres con una escopeta Bertta, plegable, del 12 con la cimaza y la culata de nogal segrñadas. Todavía hoy, a los ochenta, tiene una puntería loca el pelado. Sembrábamos el aire de estampidos y de risas, y el morral de cuero con perdices tibiecitas a pesar de que para la caza vagante de pequeñas aves el viejo prefería el calibre 16. Así de científicos vagábamos por el verde mundo antes que viniera el álamo y posiblemente la tristeza y este oficio de cazar hombres e historias con esta máquina de letras que gatilla como aquella liviana escopeta del 12.

Al tío no se le movió un pelo mientras yo me acercaba pateando los pastos. Debí haber visto cuando corría por el medio del camino y aun antes cuando trepé la loma del puente. A pesar de los años tiene una vista de gavilán y por otra parte ve más allá de los ojos, prevé y presiente como el propio álamo que sacude las hojas sobre su cabeza igual que una balaraza. La sombra del árbol se recuesta sobre el campo para el lado de Chacabuco pues el sol comienza a caer por detrás de Warnes. El tío está sentado contra el tronco, con las piernas recogidas y abrazadas y apoya la cabeza en las rodillas. mira hacia el camino, en esa dirección, pero vaya uno a saber qué ve realmente, qué tiempos y personas cruzan por el fondo azulado de sus abiertos ojos. Fue siempre algo fantasmagórico como el abuelo al que dos por tres se le aparecía Jesús en persona, o la Virgen María o algún cliente difunto de la antigua mueblería y colchonería Conti. Así que estaba siempre de inaudible conversa y celeste vaguedades. Creo que de ahí me viene este mal de letras y la gente real se me remonta en fantasía.

Me senté y me plegué junto al tío sin decir ni pío. Nosotros siempre nos hemos entendido mejor así, por silencios y proximidades. El árbol, que seguramente me reconoció apenas asomé sobre el puente, zumbaba por dentro traspasando pequeñas luces y sombras sobre el filo de las ramas. Ahora ya no podía abarcar su tronco con mis brazos y la corteza lucía partida y crostosa como el camino que aparecía y desaparecía a tramos entre los pastos. Aquel monte oscuro y alargado al frente y a la izquierda es Warnes. De noche asoma una espuma de luz por encima de las copas y a la distancia parece que hubiese allí una verdadera ciudad pero es probable que dentro de cien años siga exactamente igual, las dos hileras de calles separadas por la vía del Sarmiento, el almacén de Montes y la del viejo Pampín y hasta el propio Pampín, que si no es eterno le pasa cerca, y por supuesto el Club Sportivo y Recreativo con los mismos grasas apoyados en el mostrador y el mismo olor a sótano y los mismos maníes con cáscara para el Cinzano.

Un rastrojero pasa a los piques por el camino y sin rebajar la velocidad se mete entre los árboles de Los Pumas. Debe ser el loco de Bachi que va de una desmesura a otra sin soltar el acelerador. He oído decir que se está preparando para correr en las 12 a Bragado y que con ese objeto se da baños de luna y friegas de querosone con un puñado de pimienta en grano. En la largada piensa engullir un ají putaparió y un chorro de ginebra y ¡abran cancha que allí voy! El loco Garbarino se untaba con un preparado de grasa de liebre y pólvora negra dicen que por fin ganó el día que le arrimaron un fósforo.

El álamo tiene algunas ramas secas y otras quebradas, y no creo que ya estire más. Ha envejecido con el tío, y conmigo también por supuesto. Ahí están los veinte años, vieja madera carcomida y hojarasca que arrebató el viento. Ahora se dormirá para el invierno y cuando se entibie la tierra tratará de copiar la alegría de otros veranos pero él ya sabe que han llegado los días viejos y que cualquier noche lo tumba el viento.

El sol se hunde detrás de los árboles de Warnes, y el cielo y los pastos se inflaman con una llamarada roja. El tío mira hacia lo alto. Allí debe estar la tía desde hace un par de días, a la diestra del Padre

Eterno mirando quizá para lo bajo la blanca cabeza del tío. ¡Hola tía!

La tía murió a lo pajarito en un plín y estoy seguro que sobre el pucho se fue de raje al cielo porque de puro económica jamás se anotó en la cuenta ni un pecado venial, de esos, supongo, que se hacen con la venia del Señor. Debió haber una gran fiesta el día que entró en la comparsa del Eterno y es posible que todavía dure porque, como se ve, a este Padre le sobra el tiempo. Ese resplandor proviene seguramente de las brasas del asado que ordenó el señor del cielo. Me parece estar leyéndolo en la crónica social del Clarín del Chacabuco que dirige la Tota de Nigris.

El señor don Dios ordenó, pues, un asado de cuerpo presente. Fue un asado fenomenal, como se comprende, porque en esa hacienda reina siempre la abundancia de manera que la peonada de ángeles armó el asado sobre una parrilla hecha con rejas de portón, como hacían en otros tiempos los conservadores para las elecciones, y cuando tuvieron una buena cama de brasas echaron varios costillares con vacío, algunos matambres arrollados y toda una reja de achuras con varias ristras de chorizo de a diez, como los misterios gozosos, que era mitad de potranca y mitad de cerdo. En un rincón chasqueaba un asado con cuero que lo atendía un ángel custodio de Irala y que se había empezado el alba cuando cacareó un ángel Asil Madrás que tocaba diana cuando todavía abajo era noche cerrada.

El señor don Dios estaba sentado en medio de la comparsa en una sillita baja con esterillado de tiento. Tenía una cara parecida a la del viejo Ponce, un par de bombachas batarazas y unas alpargatas flecudas. Calzaba debajo de la faja una faja de arzobispo con la empuñadura en forma de pectoral. A la izquierda del Padre, estaban, por supuesto, los cumpas, con una florecita roja en los labios y a la diestra en primer lugar el señor don Jesús, flaco y apaleado como el Cristo de la parroquia, con unos costurones en la frente y una bruta cicatriz en cada mano, muy resumido y abstracto, bien de aparición. Al lado tenía al padre Doglia que le mangueteaba alguna indulgencia plenaria para una Hija de María y al lado del padre, es decir al lado de la iglesia, al gordo De Nigris, flanqueado al otro lado por el sargento Duahalde, que todavía estaba medio chamuscado del purgatorio. Después venía una sillita vacía y enseguida la abuela Generosa que rumbeó para el cielo hace unos cuarenta años y a veces la veo regando los geranios en el primer patio de la casa madre de la avenida Alsina, el abuelo Luis Conti y la abuela Adela que siempre contaba cuentos con pajaritos y Pepe Provenzano y en fin todos los muertitos parientes y amigos que subieron de Chacabuco.

Don Dios hablaba poco, muy de sentencia, y después de unas ruedas de mate entró a correr una damajuana de vino Falasco. Cuando la grasita levantaba llama el padre Doglia la apagaba con el hisopo. La tía llegó puntual cuando dieron vuelta al asado y las costillas empezaba a despegarse de la carne. Vino volando desde la calle Moreno por encima de las quintas, y los hornos de ladrillos y el camino a Bragado y el ilustre pueblo de Warnes con el mismo traje de novia que contrajo al tío, cortón, de raso y unos botines puntudos forrados con el mismo paño, muy bonita la tía, dulce brote de primavera, igual a la prima Su cuando estudiaba en la Normal No. 5. El difunto maestro Bimbo Marseletti arremetió con El querido Tío Agustín, por supuesto, ejecutando con instrumentos de viento, tan estridente y marcial que el sargento Duhalde se paró y se cuadró. Don Dios peló la faja y separó una costilla bien tostada que le pasó a la tía en la punta de la hoja, que era de acero Elkistuna. La tía la tomó con una reverencia y don Dios dijo para todos los invitados.

"Hagan boca". Hasta el mismo don Jesús, que parecía tan descarnado, le metió diente a un pedazo de vacío. El asado transcurrió muy monumental con música de guitarra y bandoneón que sonaba entre motete y guaracha. Don Dios hablaba con todos y tuvo un aparte con la tía, escoltada siempre por el padre Doglia que le decía Reverendísima. Después del asado hubo festejos de acuerdo al siguiente detalle expuesto en un cartel de la imprenta Castillo y López, por el estilo de los Cuatro Caminos.

—Jineteada de las crines.

—Match de fútbol entre casados y solteros vecinos del lugar.

—Jineteada con basto y encimera. Gran espectáculo.

—3 extraordinarias pollas programadas con la participación de los mejores perros galgos de la zona.

—Interesante carrera entre una moto Gilera 200 c.c. y yegua Torcasa (de Héctor Payola), distancia 120

metros a largar de parado (moto en marcha y cambio).

—Fabulosa carrera de un jeep IKA modelo 58, de P. Bojanich y el caballo Forastero, de Carlos Gil, distancia 130 metros, a largar de parados (jeep en marcha y en cambio).

—... Y como no podía faltar en esta magnífica fiesta a la entrada del sol, después de Angelus, Gran Matinee gigante con orquesta... y hasta cualquier hora completo servicio de parrillada y cantina.

(Nota: los dirigentes no se responsabilizan por accidentes que puedan ocurrir).

Entre la jineteada con basto y encimera y las tres pollas el finadito, Yamandú Rodríguez, que era vecino de otro cielo, recitó a pedido "Los payadores" y, por leal cortesía, un poema de Luis de Laudo, todavía anda vivo y poeta allá abajo, en Chacabuco.

Mientras la fiesta prosigue llegan de abajo unos largos campanazos y un tapialito amarillo se oscurece. En la polvorienta luz de otoño el pueblo parece solitario y vacío. El caballo de San Martín trota por el medio de la avenida Saavedra rumbo a Junín. Dentro de un rato encenderán la primera luz y la noche asomará como una neblina por la ruta 7.

Cuando prendieron la primera luz aunque todavía era día para el lado de Junín, detrás de Warnes, el cielo, este cielo, se encendía con esas luces de maravilla que cambian lentamente y revisten la tarde de neblinosas vaguedades, llegaron algunos payadores de la tierra que aunque no estaban muertos tenían el alma de fantasía. Llegó ese tal, Juan Gelman, que recitó medio desafinado mientras el Tata Cedrón punteaba la guitarra con esos versos de tristeza que dicen:

Sentado al borde de una silla desfondada,
(don Dios echó un ojo a la suya y se afirmó en las alpargatas)

mareado, enfermo, casi vivo (es decir, casi muerto)
escribo versos previamente llorados
por la ciudad donde nací. (se refiere a Buenos Aires pero en este

caso se aplica a cualquier imitación de provincia)
Hay que atraparlos, también aquí (en cualquier parte, esto es en

Chacabuco o en el propio Warnes que está ahí abajo)
nacieron hijos dulces míos

que entre tanto castigo te endulzan bellamente (pucha, si no hay

aquí también una larga historia de castigos)
Hay que aprender a resistir

Ni a irse ni a quedarse (o a estar yéndose que es la forma de

consistir en estos pueblos)
a resistir,

aunque es seguro
que habrá más penas y olvido (con estas penas y olvidos se fue

naciendo el pueblo).
El Tata remachó la última frase con un temblor del cordaje y el gordo De Nigris que era medio letrado asintió con un golpe de cabeza.

El Juan se zampa un vaso de vino Falasco y antes de que se apaguen los aplausos arremete con "El árbol"

En este momento. Las luces de mercurio de la avenida Alsina se encienden de golpe allá abajo y brumosas manchas de colores se derraman por la calzada y divagan de una punta a otra del pueblo. Sobre el campo, detrás del cementerio, todavía queda la claridad del día. A un costado del camino de tierra a Bragado el álamo carolina se enciende con un fognazo amarillo. Don Dios mira de reojo por una grieta en la nube y ve, debajo del árbol, a esos dos tipos que miran hacia el cielo con cara de boludos.

"Pucha, si supieran esos dos la farra que se están perdiendo", piensa el buen Dios. Y lo palmea a don Jesús, que serio y abstraído anda planeando otras resurrecciones.

El Juan dice, medio con bronca:

De la violenta madrugada
Un hombre entra a su casa y el olor de sus hijos
le golpea la cara, los olvidos, la furia,
ahora cierra la puerta con doble llave
y se saca la gente, la ropa con cuidado,
apaga los gritos de la camisa
o los ojos del camarada que brillan en la cárcel
y oye cómo se mueven la ternura en la pieza,
bajo sus ramas dormirá todavía una noche,
bajo sus ramas yacerá cuando caiga

Y cuando terminan las ovaciones se oye desde abajo, desde la tierra pelada que ya invade la noche, por debajo del álamo carolina un aplauso remoto y solitario que se eleva a los cielos, hasta la sillita de la tía Teresa.

un hombre serio y abstraído que se llama el franquismo, is el franquismo que se llama el franquismo, el franquismo vivo. Y en la actualidad, el pueblo español busca denodadamente un camino de progreso y paz en el marco democrático que va dictando un gobierno monárquico-parlamentario, cuyas medidas en lo político y en lo económico no ha satisfecho aún las expectativas populares.

También están las voces que pronostican un retroceso, que piden un Estado militarista, que supliran un golpe de Estado. Hacen recordar, de alguna manera, los días que antecedieron a la caída del presidente Salvador Allende en Chile.

Pero, el proceso es otro, tiene traspies pero no vuelta. Si las cuatro décadas de franquismo perduran en los magros cerebros de los fanáticos de la derecha, no tienen asidero en el corazón de un pueblo que nunca renunció a su destino de libertad.

España es en la actualidad eso, pero también un aparato represivo heredado de la dictadura e intacto, actos terroristas de alguna de las ramas de la ETA, que confunden a la población en cuanto a los propósitos revolucionarios enunciados, la discusión ardua e ininterrumpida de vascos y catalanes con el gobierno por el logro de autonomías, la arrogancia de adolescentes vestidos a la usanza nazi por algunas calles de Madrid y la mención del destape, apertura que ha sido aprovechada con vehemencia por el mercado porno y la prensa sensacionalista.

Pero ante todo, hablar de España es referirse a un pueblo trabajador organizado, con una experiencia de lucha encomiable.

Un pueblo que canta (¿caso alguna vez dejó de cantar?) y dice lo que tiene que decir en las voces de sus poetas.

La luz y la sombra. Pero en ese antagonismo los resultados, las pequeñas victorias diarias, el pueblo cotidiano, el quiero para todos.

II

Debió hacer sus maletas para partir a Roma a fines de junio pasado, ya que había sido invitado a un Congreso de Poesía a celebrarse en la capital italiana.

En la ida de Blas de Otero

A SABINA

Blas agónico, Blas,
siempre en ti permanente,
en ti siempre pendiente,
donde estabas o estás,
como un lento hilo,
tu vida,
anhelo en vilo,
que ya era
día y noche una herida
pura,
oscura,
creciente,
cuando por vez primera
te vi en París, ya un ángel fieramente
humano, pero a punto
de abrazar o morir,
de morir y vivir,
a la par,
junto.

Poeta sacudido,
erguido,
derribado,
levantado
caído,
desesperado,
Blas de Otero clavado
sin paz, en tierra, abierto,
tierra por la que has dado
tanta palabra y luz,
por la que has muerto.

Pocas veces te vi,
niño vasco perdido,
Blas, pero fui a tu casa